

COMPORTARSE COMO ADULTOS

Piaget, un clásico, (hay modificaciones y subdivisiones más modernas), establece las etapas de desarrollo infantil en,

1. Sensomotriz, entre el momento del nacimiento y la aparición del lenguaje articulado en oraciones simples (hacia los dos años de edad). Lo que define esta etapa es la obtención de conocimiento a partir de la interacción física con el entorno inmediato, mediante juegos de experimentación, muchas veces involuntarios en un inicio, en los que se asocian ciertas experiencias con interacciones con objetos, personas y animales cercanos. Los niños y niñas que se encuentran en esta etapa de desarrollo cognitivo muestran un comportamiento egocéntrico en el que la principal división conceptual que existe es la que separa las ideas de "yo" y de "entorno". Los bebés que están en la etapa sensorio-motora juegan para satisfacer sus necesidades mediante transacciones entre ellos mismos y el entorno. No se sabe distinguir demasiado entre los matices y sutilezas la capacidad para entender que las cosas que no percibimos en un momento determinado pueden seguir existiendo a pesar de ello.
2. Preoperacional, entre los dos y los siete años, cuando empiezan a ganar la capacidad de ponerse en el lugar de los demás, actuar y jugar siguiendo roles ficticios y utilizar objetos de carácter simbólico. El egocentrismo sigue estando muy presente en esta fase, lo cual se traduce en serias dificultades para acceder a pensamientos y reflexiones de tipo relativamente abstracto. Aún no se ha ganado la capacidad para manipular información siguiendo las normas de la lógica para extraer conclusiones formalmente válidas, y tampoco se pueden realizar correctamente operaciones mentales complejas típicas de la vida adulta: el pensamiento mágico basado en asociaciones simples y arbitrarias está muy presente en la manera de interiorizar la información acerca de cómo funciona el mundo.
3. Operaciones concretas, entre los siete y los doce años de edad que empieza a usarse la lógica para llegar a conclusiones válidas, siempre y cuando las premisas desde las que se parte tengan que ver con situaciones concretas y no abstractas. Además, los sistemas de categorías para clasificar aspectos de la realidad se vuelven notablemente más complejos en esta etapa, y el estilo de pensamiento deja de ser tan marcadamente egocéntrico.
4. Operaciones formales, desde los doce años de edad, "pensar sobre pensar", hasta sus últimas consecuencias, y analizar y manipular deliberadamente esquemas de pensamiento, y también puede utilizarse el razonamiento hipotético deductivo.

No pretendo entrar en los matices y particularidades de unos u otros autores, sino a prescribir un marco de referencia de cómo el desarrollo cognitivo, lejos de superarse, permanece acumulado como anillos de un árbol. A partir de aquí otros psicólogos constructivistas, distinguen entre:

5. Preadolescencia, al iniciarse las fases de crecimiento corporal brusco entre los 12 a los 14, tienen ideas concretas y extremistas. Las cosas están bien o mal, fantásticas o terribles, sin muchos matices. Suelen sentirse cohibidos por su apariencia y sienten como si sus padres los juzgaran permanentemente, y reclaman una mayor necesidad de privacidad. Prueban los límites y reaccionan con intensidad, si los padres o tutores reafirman su autoridad.
6. Adolescencia, hasta los 16 o 18 años. Es muy probable que pasen menos tiempo con la familia y más tiempo con los amigos. Les preocupa mucho su aspecto y la presión de los pares (compañeros). Los jóvenes en la adolescencia media tienen más capacidad de pensar en forma

abstracta y tener en cuenta el "panorama general", pero aún carecen de la capacidad de aplicarlo en el momento. Causalidad y consecuencias presentan un sesgo al riesgo y la experimentación sobre los límites, estando muy expuestos en sus decisiones a los impulsos y heurísticos. Algunos países consideran que pueden responsabilizarse de una moto o de un automóvil, pero no de votar. No miden las consecuencias de los actos.

7. Juventud, (18 a 21 años... ¡o más!), que ya completaron el desarrollo, suelen tener más control de sus impulsos y pueden sopesar los riesgos y recompensas mejor y con más precisión. Los lóbulos frontales desempeñan un papel importante en la coordinación de las tomas de decisiones complejas, el control de los impulsos y la capacidad de tener en cuenta varias opciones y consecuencias, y no están plenamente desarrollados hasta los 21-23 años. Tienen ahora un sentido más firme de su propia individualidad y pueden identificar sus propios valores. Se centran más en el futuro y basan sus decisiones en sus ilusiones e ideales. Las amistades y las relaciones románticas se tornan más estables. Se separan más de su familia, tanto física como emocionalmente. No obstante, muchos restablecen una relación "adulta" con sus padres, considerándolos personas de su mismo nivel a quienes pedir consejo.

Las edades son una distribución estadística con una minoría que pueden ser precoces y también retrasarse en sus cambios de fase. Parece que, al menos en las sociedades avanzadas actuales, hay tendencia a que esta distribución se "aplane", es decir que cada vez haya más precocidad y las edades adolescentes se alargan incluso hasta cerca de los 30 años, no se sabe si por motivos genéticos, alimenticios o de sobreprotección. En cualquier caso la supuesta madurez llega cada vez más tarde y los adultos jóvenes siguen arrastrando buenas dosis de adolescencia tardía... (algunos dirían que a menudo el egocentrismo adolescente se cronifica).

Marcos similares se han aplicado, ciertamente con mucha polémica, a los Australopitecos, Erectus, Sapiens,...; a la edad mental de discapacitados psíquicos; a las culturas, las empresas y también a las ideologías. En la vieja psicología, se asignaba a los idiotas una edad mental de hasta los 3 años (sensomotriz); a los imbéciles hasta 8 años (preoperacional); y adultos con una edad mental de hasta 12 se les llamó "morón", o tontos en griego (operacionales).

Los nacionalismos, de dudosa inclusión en la categoría de ideología, desde las posteriores etapas infantiles, "moronas", a las primeras preadolescentes, siempre conservadores por más que se intenten disfrazar de estéticas progresistas, presentan el nivel más infantil de pensamiento (por supuesto, hay grados entre los nacionalismos, como los hay entre los niños y niñas); ofreciendo supuesto amor a cambio de autojustificación de caprichos. La preadolescencia, que en su día se quiso emparejar a los Homo erectus o a los "border lines" de distinto pelaje, se encierra en sus habitaciones y discuten por el orden, colgar posters y hacerse tatuajes, resoplando y presentando curiosas analogías con populismos de izquierdas y derechas. Quieren el último modelo de móvil porque sus amigos lo tienen, sin importarles si sus padres están pasando por dificultades económicas (si hay recortes en su asignación, que impriman dinero, ¡no hay derecho, jo!). La adolescencia, sobre todo en sus contradicciones, cuadra bastante bien con los estatalismos (socialismos de izquierda o paternalismos de derechas, en los que a la vez que se exige a los padres sustento y cuidado, se encierran en su habitación y desprecian las normas que no convienen); con el riesgo y el sesgo en la toma de decisiones por no asumir consecuencias. La culpa siempre es de otros.

Los “modos de pensar” se ramifican en estéticas de derechas y de izquierdas: “ideologías”. Como en las cebollas una capa crece sobre la otra y el populismo comprende, aunque se distancia de posiciones menos evolucionadas del nacionalismo. Como el nacionalismo, el populismo se basa en los sistemas de representación orgánicos e identitarios de la preadolescencia simplificadora y dual: vosotros y nosotros, bueno malo, rico pobre, blanco negro. Encerrados en sus habitaciones escuchan su música, se comprenden y pelean entre si,... Hasta que se creen suficientemente adultos como para ser independientes, aunque ello no implique aportar dinero y trabajo a la casa, pues es obligación de los padres y derecho de los jóvenes subvencionados. Todos se definen respecto a su relación egocentrista con el entorno social, con sus victimismos, exploración de límites, rebeldía, sentimiento de incomprendión, egoísmo, autojustificación, irritabilidad. Ninguno escucha ni a los padres, ni a la realidad, no deciden según las consecuencias, ni se responsabilizan de ellas, aunque acusan a los adultos de comportarse como niños (Varoufakis, o “dime de qué presumes y te diré de qué careces”), y de no ser justos con sus deseos, pues no atienden ni comprenden una realidad idealizada y sencilla, que no existe pero debería existir por haberlo así ellos decidido. Si la realidad no atiende a sus deseos, “alguien” debe cambiar la realidad: los padres, el gobierno,... Tal vez la mejor medida de la gradación de las ideologías en relación a la de la adolescencia es el cuan enfadados están.

La edad adulta comienza cuando se asumen las decisiones, firmamos el primer préstamo del coche, la hipoteca o contrato laboral, que es cuando aterrizan y se dan cuenta de que quién manda es a quién se le debe y no tiene piedad; y si la realidad no debiera ser así, sino según sus deseos, redefinidos en necesidades y estas en derechos, es porque la realidad está mal, es injusta, ¡jo!...¡buf! Es más fácil vivir en la comodidad irritada de una patética adolescencia impostada.